

serven de consuelo á la humanidad en sus muchas penas, y forman la síntesis del cristianismo, son estas: Caridad, Amor, Tolerancia.

FRANCISCO JAVIER BALMASEDA.

CRISTÓBAL COLON

Meditación escrita para contribuir á conmemorar el aniversario 391 del descubrimiento de América.

I

¡Gloria al audaz y sabio navegante que un nuevo continente descubrió.
¡Los arcanos del mar desaparecieron desde que existe el Mundo de Colon!

II

Nuevo rumbo á las Indias Orientales buscaba el navegante genovés, y la virgen América á sus ojos cual ignota región miró nacer.
¿Mas qué importa? Su ciencia no mentía, su nuevo rumbo un istmo romperá, y la ignorada tierra allá en su mente, si nombre no, tenía realidad.

No de Colon los lauros inmortales con sombras de mi duda empañaré; mas nunca el entusiasmo en su locura diques pretenda á la verdad poner.

No; ya la historia en tablas diamantinas con imborrables letras consignó, la obra del genio en el correr del tiempo parte es, no más, de humana evolución.

Mirad; Lutero en su Reforma quiere sombríos misticismos formular; y allí germina el libre pensamiento que osado busca la primer verdad.

Mirad; sueña en despótico dominio de Francia el poderoso Emperador; y sus triunfantes águilas extienden la progresiva luz de la razón.

Siempre la perenal ley del progreso la obra trasforma del humano sér; los genios son obreros del destino, su gloria, fuerza del destino es.

III

¡Nieblas de la conciencia y de la historia! ¿Por qué ensalzar del genio el esplendor, por qué admirar la insólita hermosura, si sólo dones del Empireo son?

Allí donde aparece claramente del cruel hado la cruel fatalidad; en la deformidad del cuerpo humano, del nécio en su continuo dón de errar;

Allí del vulgo mofadora risa, allí el desden del grave pensador; y el aplauso al ingenio esclarecido, y á la hermosa ferviente adoración.

¿Dónde la voluntad que crea el genio? ¿Dónde la voluntad que hizo nacer á la beldad que deslumbró á sus jueces, la celebrada, la sin par Friné?

¿Y cómo alzar á la virtud altares, si el bien tan sólo en la intención está? Misterio es la virtud, siempre velado á los ojos del misero mortal.

¡Gloria al genio y amor á la hermosura! La mente admira, siente el corazón; si la fatalidad así lo ordena, cambiad el nombre, lo dispone Dios.

IV

¡Gloria al audaz y sabio navegante que un nuevo continente descubrió!
¡Los arcanos del mar desaparecieron desde que existe el Mundo de Colon!

LUIS VIDART.

LA LOCA DE CARLIEDO

Hace algunos años visitaba yo cierto delicioso país: me había detenido en una aldea situada á orillas del mar, en medio del paisaje más encantador, y paseaba un día con el digno médico del pueblo cuando una elegante victoria, arras-

trada por soberbio tronco de alazanes, hubo de pasar á gran trote próxima á nosotros. Indolentemente reclinados sobre sus almohadones vi á una majestuosa dama de cabello blanco como la nieve; á su izquierda una jóven de agradable, pero impasible fisonomía, y enfrente un caballero, jóven también y de rostro expresivo, pero marcadamente jorobado. Este y la dama saludaron con fina atención, mientras la jóven, cubriéndose el rostro precipitadamente, prorumpía en descompuestas carcajadas. Sorprendido y confuso me detuve mirando al carruaje, que desaparecía entre una nube de polvo, hasta que el médico, invitándome á continuar nuestro paseo, me dijo tristemente:

—Es la loca de Carliedo con su tía la condesa viuda y el conde su hijo. No léjos de aquí verá usted el castillo de ese nombre que habitan constantemente desde que la pobre loca perdiera la razón. Es un drama de familia que voy á narrarle, porque, público y notorio, ellos mismos le refieren con amargura.

«La villa de Madrid aparecía envuelta en un sudario de nieve á las doce de la noche del 6 de Enero de 1873. El frío era intensísimo; los carruajes cruzaban las calles al gran trote de sus caballos, y los transeúntes, envueltos hasta los ojos en grandes abrigos, pululaban por do quier con paso ligero. En una habitación de miserable aspecto lucía sobre humilde mesa de pino un pobre quinqué, á cuya opaca luz un anciano leía y una jóven, con modestísimo traje de percal, terminaba una labor. En el anciano parálítico, de facciones tan venerables como distinguidas, se adivinaba desde luégo al noble herido por el infortunio y arrojado desde gran altura á un abismo de dolor. La jóven, de bello aspecto, aunque excesivamente pálida, tenía tal expresión de amargura en su semblante, lanzaban sus ojos tanta pena al contemplar al noble parálítico, que no era difícil suponer una gran desdicha oprimiendo su corazón. El anciano, de elevada estatura y rostro enflaquecido, se envolvía tiritando en un ropon viejo y recitaba sus devociones en voz baja. Algunos minutos después terminó, y exhalando un triste suspiro hubo de exclamar:

—Magdalena, hija mía... ¡Las doce y trabajando aún! Esta situación es insostenible.

Hubo un instante de silencio y el anciano continuó con angustia creciente:

—¡Lloras... pobre hija del alma!

—Lloro, sí, padre mío, lloro porque V. se obstina en no acostarse y en el brasero ya no hay lumbre... Está V. temblando... Yo soy fuerte, y á Dios gracias gozo salud.

—Demasiado para lo que sufres, Magdalena: el Señor se apiade de nosotros, y en un mismo día nos lleve á otro mundo mejor, si así conviene... Carlos... ¡Ah... Dios le perdone!

—¡Padre!...

—No puedo callar: no me quejo por mí, sino por mi hija, á quien hizo tan desgraciada con su loca pasión por el juego. Jamás te ha merecido, y no lo reconoce.

—¡Señor!...

—¡Déjame, Magdalena!... Cuando se unió á tí aportaste al matrimonio cuantiosa dote; él la fortuna heredada de sus padres... Pocos años después poseíais solamente algunos restos, y se le consiguió un destino ventajoso; pero destino de responsabilidad. Prometió ser honrado... no lo cumplió, y fué preciso sacrificar mi patrimonio para salvarle de la prisión, de la deshonra... Le salvé por tí, sólo por tí, hija mía; pero perdió su puesto oficial, y era justo.

—Olvidemos eso, padre amado—se aventuró á decir la pobre jóven con angustia.—¿Por qué tocar esas llagas que aún brotan sangre? Piedad,

padre, piedad... Sus quejas son justísimas, bien lo conozco; pero él también sufre... ese vicio le arrastra á pesar suyo.

—¡No le disculpes, Magdalena!... La vida misteriosa de ese hombre puede traer sobre nosotros de nuevo el deshonor y la vergüenza. ¿Cuánto tiempo hace que no viene á casa? ¿en qué se ocupa?... Tus inocentes hijos han subido al cielo; ángeles del Señor son por su dicha. Pero ¡ay! al exhalar los últimos suspiros en el regazo de su madre, asidos á las manos de su abuelo, ¿dónde estaba su padre?... Siempre ausente; sin corazón y sin conciencia, se ocupaba... ¡en jugar! ¡Maldito vicio que hace del hombre un monstruo y le arroja al seno de las familias para que impunemente las devore!

El anciano terminó con ahogados sollozos, y un silencio sombrío, terrible, hubo de seguir á sus últimas frases.

Magdalena exclamó con amargura:

—¡Padre... por el cielo no se aflija V. así!... Me matan esas lágrimas, me matan.—Y á su vez vertía amargo llanto.—Es el castigo de mi desobediencia: no me quejo, y sólo sufro por V., á quien yo, en mi loca ceguedad, hice tan desgraciado.

—¡Pobre ángel! Ese hombre se había hecho dueño de tu corazón, y la deformidad del conde te disculpaba.

—Pero V., padre mío, me predecía grandes desventuras, y no le escuché.

—¡No fuí yo solo, Magdalena!

—¡Ah, sí! La hermana de mi querida y difunta madre; la condesa mi tía, que indignada por mi aversión al matrimonio con su hijo, prescindió de nosotros hasta ignorar la existencia de sus parientes. Perdóneme V., padre amado, el infortunio que llamé sobre sus venerables canas.

Y terminó sofocada por fuertes sollozos.

El pobre parálítico, que sufría cruelmente con la pena de su hija, quiso distraer su atención preguntándole después de breve silencio:

—¿Cómo tardaste hoy, Magdalena, más de lo que acostumbrabas cuando sales á entregar tu labor?

La pobre esposa, enjugando las lágrimas, exhaló un triste suspiro y hubo de contestar dulcemente. Harto sentí retrasarme, pero se trataba de una obra de caridad, y la ejecuté con la prontitud posible, aunque inútilmente. Luisa... ya sabe V., la desgraciada viuda que cose para la misma tienda de modas, suplicó un adelanto de 200 reales á fin de atender á la enfermedad de su pobre hijo moribundo: como es buena y primorosa atendieron su ruego y me suplicaron hiciese la bondad de entregarla dicha suma, pues que habita cerca de aquí y yo la había pedido en su nombre. Llamé mucho á la puerta de su habitación y no me contestaron; supuse que, ocupada con su hijo en aquel momento, no podría dejarle, y como V. también quedaba solo, no me detuve más: volveré mañana temprano.

—Sí, hija mía, y Dios te lo premie.

En aquel instante se sintieron unos pasos ligeros en la escalera, la campanilla sonó, y sorprendidos é inquietos se miraron el padre y la hija, como si una nueva desgracia los amenazase. La jóven fué á abrir con el temor y la angustia en el alma; el anciano, triste y sombrío, temía sin duda ver aparecer al desdichado Carlos que, en efecto, llegaba sacudiendo la nieve de su raído gaban á tan intempestiva hora. Alto y demacrado, se veían desde luégo en su semblante las huellas del insomnio y de la crápula.

—Buenas noches—dijo con sequedad sentándose á la vez.

El anciano no contestó.

—He dado á V. las buenas noches, D. Juan: ¿no merezco que se me conteste?

—No—exclamó con ímpetu el anciano.—¿Dónde pasas el tiempo? ¿En qué te ocupas? ¿De qué vives? ¿Vienes á causarnos un nuevo pesar?

—Vengo á mi casa; estoy cesante, y cuando me alejo de aquí es por no ser gravoso: vivo... del trabajo.

—¡Del trabajo!... ¡Ojalá que algun día buscases en él una honrosa reparacion!

—¡D. Juan!

—¡Padre!...

—¡Nada me arredra! Mi hija sufre mucho; nos has arruinado... ¿qué quieres aún de nosotros?

—Vengo á pedir á Magdalena un duro que necesito para comer.

—¡Y tienes valor!

—Es mi esposa.

—¡Es tu víctima!

—D. Juan, mi paciencia tiene límites. Magdalena, un duro... ó no respondo...

La infeliz esposa, aterrada y ansiando poner término á tan doloroso incidente, abrió un cajoncito de la mesa, y fué á buscar el duro, mitad del importe cobrado por su labor semanal.

El anciano inútilmente pretendía impedirlo con la mayor angustia; pero de súbito un grito ahogado, desgarrador, salió de su pecho, á la vez que otro de supremo dolor lanzado por la jóven, y una lucha desigual y terrible hubo de entablarse entre los dos esposos á presencia del pobre paralítico, que no pudiendo defender á su hija parecía próximo á sucumbir en su pena.

Cárlos había visto en el cajon un papel envuelto cuidadosamente, y adivinando su contenido le arrebató con prontitud vertiginosa.

Magdalena, asida á la mano del jugador trataba de recobrarlo, y exclamaba con angustia indecible:

—¡Cárlos, por lo más sagrado devuélveme ese dinero que no es mio, y mañana he de entregar á Luisa!... Devuélvemelo; no quieras que la vergüenza me cause la muerte.

—Mañana te lo traeré centuplicado; será tu fortuna y la mía.

—No, no, repito que no me pertenece: vas á perderlo en el juego y yo á morir de dolor.

—¡Déjame, Magdalena!

—¡Imposible!

—Déjame, ó no respondo de mí.

—¡Mátame!... lo prefiero.

—Pues bien; tu lo quieres... ¡Toma!

Y el desdichado hubo de descargar un terrible golpe sobre la cabeza de la infeliz, que aturdida y vacilante cayó desplomada sobre su asiento.

El jugador huía precipitadamente llevándose su honra.

Entónces el venerable paralítico, que sufría todos estos horrores en medio de la más cruel agonía, pudo erguirse por esfuerzo supremo y exclamar con voz aterradora:

—¡¡Miserable!! ¡A la justicia de Dios invoco, y ante su divino tribunal solemnemente te emplazo!

Aquella noche D. Juan sufrió un ataque de nervios tan terrible que puso en gran peligro su vida. Precisaban los cuidados de la ciencia; pero no habia recursos. Los amigos huyeron al caer la primera piedra del edificio de su fortuna, y sólo quedaba una esperanza: implorar la compasion de la condesa. La infeliz Magdalena corrió al dia siguiente ántes que pudiera notarse la fatal estafa del dinero á casa de su tia; pero la condesa se hallaba fuera de Madrid, y con angustia indecible y tristísimos presentimientos volvió al lado del pobre paralítico, que al salir encomendara á una vecina. Escribió á la condesa, que al punto de leer la carta se puso en camino: mas ¡ay!... cuando llegó era tarde. El noble anciano yacía difunto sobre un triste lecho, y Mag-

dalena, insensible ya de tanto padecer, se disponia á partir, muda de terror, con dos agentes de la autoridad. Al reconocer á su tia se arrojó á su cuello, y trémula, vacilante, lanzó una siniestra carcajada... ¡Estaba loca!

La imprudente relacion de los dueños de la tienda, obstinados en acusarla de complicidad, habia motivado una orden de prision, origen de tantas catástrofes.

Momentos despues Magdalena subia impasible al coche blasonado de su tia para vivir desde entónces bajo su proteccion.

El suntuoso entierro del noble paralítico hizo conocer á Cárlos el doble crimen que pesaba sobre su conciencia.

Ocho dias despues los periódicos daban esta triste noticia:

«Un caballero, cuya persona no ha podido identificarse, se suicidó ayer en el Campo del Moro disparándose en la sien un tiro. Sólo se halló en su levita un billete con estas palabras: »Causé por el juego la desgracia de una virtuosísima mujer y la muerte de su infortunado padre. La vida es un martirio para mí, porque los »remordimientos me destrozan el corazon; no la »soportaré más.»

El conde y la condesa, abrumados de dolorosa amargura y reprochándose no haber cedido en su enojo, causa por lo que desconocieron la desgracia de sus parientes, acordaron retirarse al castillo con la pobre loca, cuya demencia es apacible, y en quien el conde recuerda, siempre tristemente, á su infeliz prometida.»

Cuando el médico terminó de narrar esta lúgubre historia, acudieron á mi mente varias reflexiones quedando silencioso y pensativo.

—¡Gran Dios!—me dije—¿no hay medios de combatir vicios tan monstruosos? ¿La sociedad, herida por esos dardos que surgen de tinieblas, no se auna para pedir severamente el cumplimiento de la ley?... ¿De dónde parte ese satánico delirio por el mal, ese desprecio á la vida honrada y virtuosa, esa descarada avilantez en admitir como digno desenlace á una vida de vergüenza el cañon de una pistola, en vez de la reparacion y el arrepentimiento?... ¡Ah!... Es que la ley se infringe cuando se duda de Dios y se pisan las conciencias.

La veneracion en los pueblos á la fe de sus antepasados es la garantía de las leyes y el triunfo de hermosas libertades dentro de la moralidad, la justicia y la ilustracion.

SABAS JOSÉ BECERRIL.

NOTICIAS VARIAS

Nuestro compañero de redaccion el Sr. Balmaseda ha pasado una comunicacion al Sr. Ministro de Fomento del Gobierno de Colombia participándole que ha organizado una sociedad anónima en Lóndres, con sesenta mil libras esterlinas de capital en acciones ya suscritas, para que tienda un cable submarino entre Cartagena y el Istmo de Panamá. Apénas se reciba la contestacion del Sr. Ministro, que sin duda no tardará, ratificando las condiciones expresadas en la ley expedida sobre ese asunto, ó estableciendo otras equivalentes aceptables, pasará á Bogotá un comisionado de la empresa á perfeccionar el contrato, y en seguida se pondrá manos á la obra; de modo que á principios del año próximo se cree que estará tendido el cable.

Este cable interesa á España, pues pone en comunicacion fácil la isla de Cuba con Cartagena, capital del Estado de Bolívar, con el que tiene aquella grandes negocios de ganado, y de la que sólo la separa el mar Caribe, y la pone igualmente en comunicacion con el interior de la República de Colombia.

Cartagena quedará en relacion con el mundo, y la floreciente ciudad de Barranquilla poseerá un nuevo y poderoso elemento para su actividad comercial.

No es necesario decir que el Sr. Balmaseda obra en este asunto guiado por el patriotismo, como hombre público de la mencionada República.

Anticipamos nuestra cordial enhorabuena, especialmente á los miles de obreros que trabajan en el

canal interoceánico, y que tienen sus familias en Cartagena y en las provincias de Barranquilla, el Cármen, Sincelejo, Corozal, Lorica, Magangué, etc.

En su informe correspondiente al año pasado dice M. H. M. H., vicecónsul inglés en el Rosario de Santa Fe, que en la exportacion de minerales de las provincias del interior y Bolivia ha habido un desarrollo notable. En la provincia de Córdoba hay de 16 á 19 minas, de las cuales no se explotan más de seis. Esas minas son principalmente de minerales argentíferos, conteniendo de 60 hasta 500 marcos de plata pura por cajon de 5.000 libras, y de 30 á 70 por 100 de plomo. Las principales minas son explotadas por compañías inglesas; la *Rara Fortuna Silver Mining Company*, por ejemplo, posee dos, y Eddones y Compañía trabajan tres minas. La compañía *Rara Fortuna* fué la primera que importó y estableció maquinaria para la explotacion en vasta escala en la provincia de Córdoba. En el dia posee una máquina, de fuerza de 30 caballos, para elevar el agua y los minerales, y tiene establecidas plataformas, bocartes y obras necesarias para preparar y tratar los minerales. En la mina *Argentina*, Eddones y Compañía, tambien han establecido recientemente una máquina para elevar agua y minerales capaz de sacar de 6.000 á 7.000 galones de agua por hora. La máquina es de fuerza nominal de 40 caballos y tiene una fuerza efectiva de 120, de manera que llegado el caso se podrá extraer hasta 21.000 galones de agua por hora. La mina *Argentina* es considerada como la más importante de cuantas se explotan en la provincia, pues además de la plata el mineral contiene de tres á cuatro onzas de oro por tonelada. Hasta ahora la gran dificultad estaba en vender los minerales, por falta ó carestía del transporte; pero la preparacion y tratamiento del mineral en el local mismo dará gran ímpetu á los trabajos y será un nuevo aliciente para explotar otras minas.

En la Morgue de Nueva-York se ha demostrado recientemente que á un cadáver, aunque esté hinchado y en estado de descomposicion, se le puede devolver, por un sencillo procedimiento, un aspecto casi natural.

El cadáver en que se hizo el experimento era de mujer desconocida que habia fallecido de erisipela; estaba blando, negro y habia adquirido proporciones extraordinarias. Se hizo una incision en la pierna derecha y se le inyectó en la arteria femoral un líquido de embalsamar.

En ménos de una hora el cadáver volvió á su tamaño natural, adquirió mayor dureza que en vida, y á la vez que la dureza se aumentaba, desaparecian los colores, quedando tan blanco como si fuera de mármol. Se da por sentado que la descomposicion puede contenerse en cualquier cadáver y restablecerse las facciones de éste, al extremo de ser reconocido por sus parientes y amigos, aún despues de trascurrir algunas semanas.

Para hacer el *caouchout* tan impermeable que no pueda pasar ni vapor ni aire, se le da una mano de solucion compuesta de diez partes de colofonia y una de agua amoniacal fuerte.

Al principio esta masa es algo compacta; pero trascurridas tres ó cuatro semanas, entra en estado líquido para ser empleada como un barniz que se une perfectamente al *caouchout*, metal y madera. Verificada la evaporacion del amoniaco, se endurece la masa formando una capa completamente compacta é impenetrable.

Un visitante de las portentosas cuevas de Luray, en Virginia, escribe que las estalactitas de esa maravilla de la naturaleza despiden, al tocarlas, los sonidos más musicales; imitan el órgano y otros instrumentos, las campanas, el estampido del cañon; y tienen tal resonancia y belleza de colores, que dejan estupefacto de admiracion al que tiene la buena suerte de contemplarlas.

PRECIOS DE SUSCRICION

ESPAÑA Y EXTRANJERO

	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid.....	3,50 ptas.	6,50 ptas.	12 ptas.
Provincias.....	3,75 »	7 »	12,50 »
Extranjero.....	» »	15 »	25 »

PROVINCIAS ULTRAMARINAS Y REPÚBLICAS AMERICANAS.

Á PAGAR EN ORO.

Cuba y Puerto Rico.....	» »	3 pesos fs.	5 pesos fs.
Filipinas y Repúblicas americanas.....	» »	3 »	5 »

La correspondencia se dirige á D. Jesús Pando y Valle, calle de Ruiz, 18, segundo, Madrid.

MADRID.—Imp. de Moreno y Rojas, Isabel la Católica, 40.